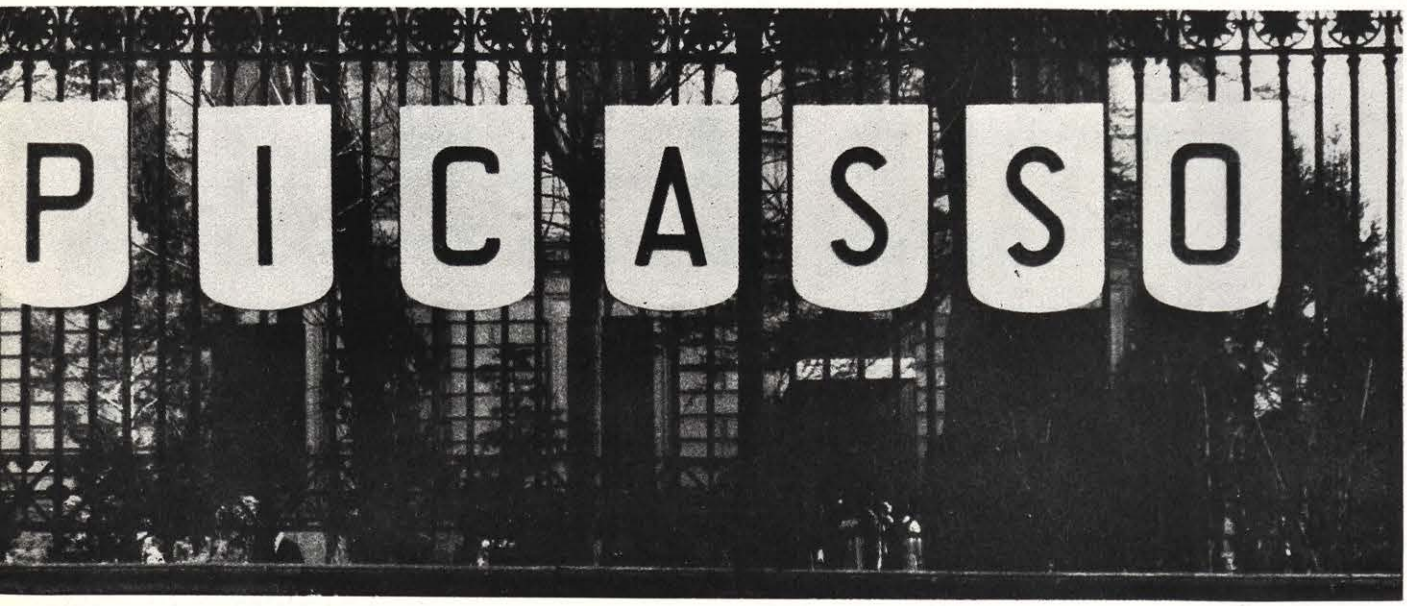
Exposición de grabados de



en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid

Fernando Chueca Goitia, arquitecto.

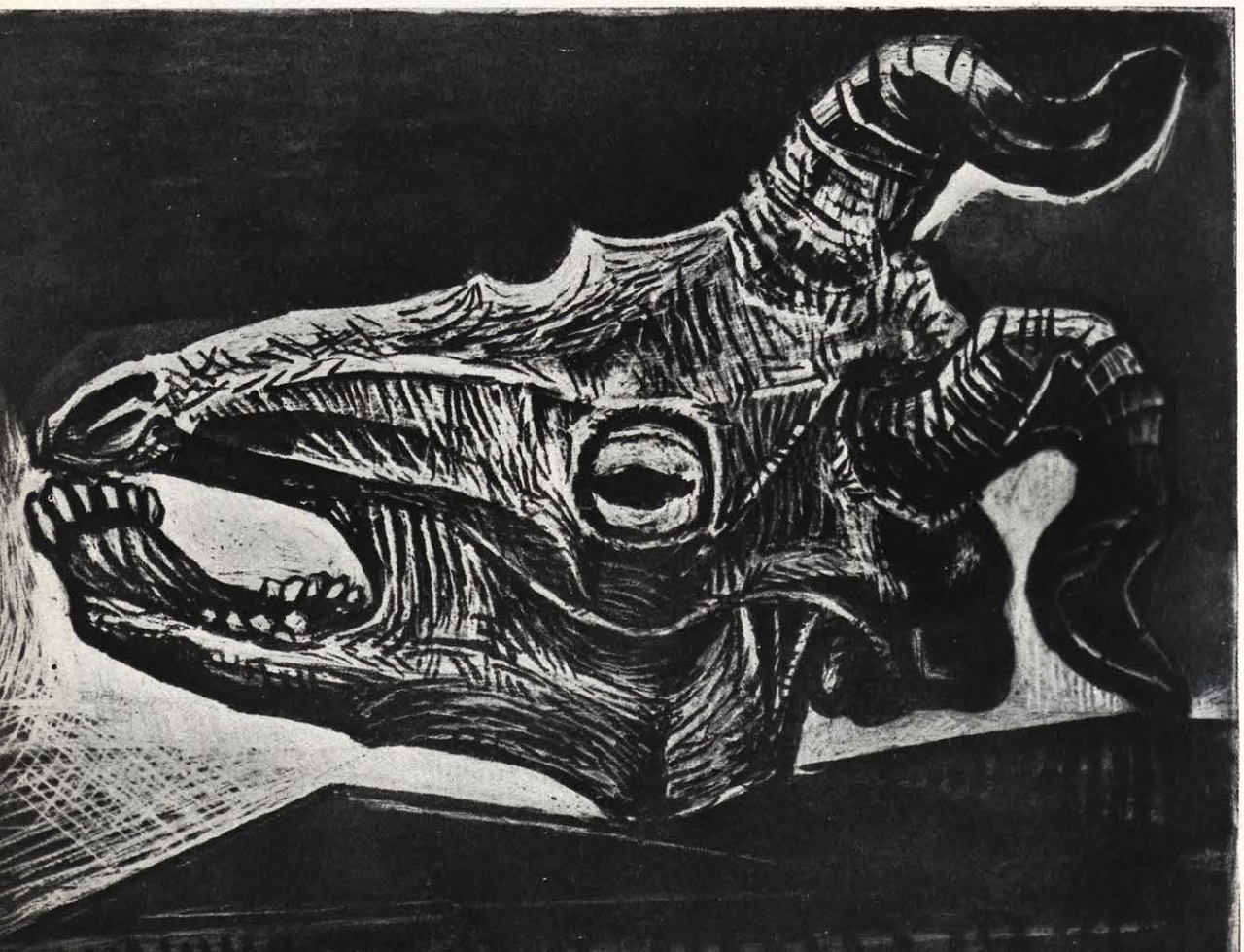
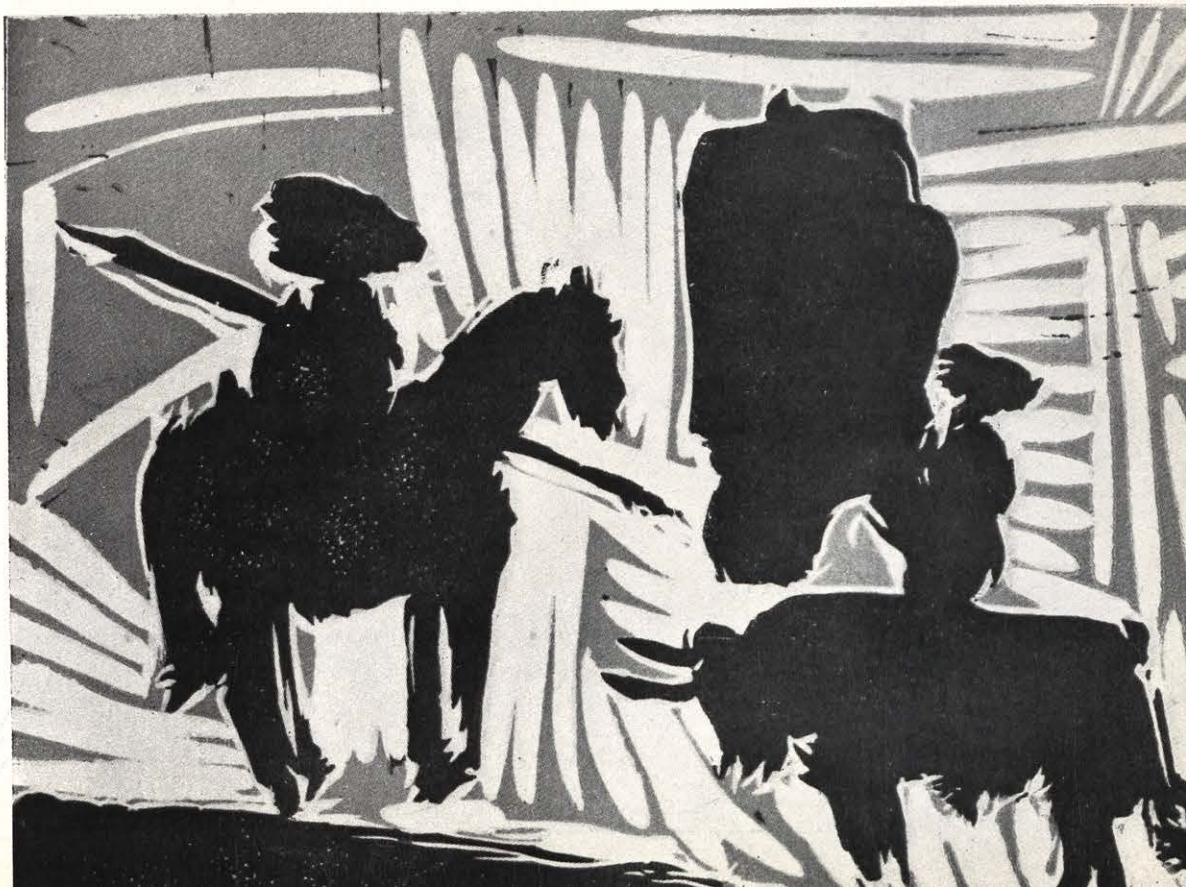
(Fotos Gómez.)

El Museo de Arte Contemporáneo de Madrid se siente muy orgulloso de poder recibir en esta casa de los artistas españoles al primero de todos ellos, tanto por lo que significa para el mundo como por lo que es para España. Para nosotros la llegada de Picasso nos conmueve doblemente: como admiradores de su arte y como compatriotas. Por lo primero nos ponemos al unísono con el mundo culto; por lo segundo, nos sentimos más apoyados y confiados en nuestro ser nacional.

Al contemplar este despliegue asombroso de grabados nos encontramos tan de súbito ante el genio del gran malagueño que sentimos algo así como la angustia del vértigo. Ni siquiera su obra pictórica puede procurarnos una sensación parecida: la de una presencialidad inabarcable e inagotable. Picasso no busca, encuentra; ya conocemos su famosa frase. Pero ahora esta exposición es la que nos obliga a nosotros a encontrarnos a nuestra vez con Picasso. A otros pintores se les puede buscar, lo que equivale a decir que se les puede seguir. Es la tarea de los estudiosos, de los críticos, de los amantes del arte en general. Pero a Picasso no es posible seguirle; es necesario abarcarle en totalidad. Su presencia nos obliga a encontrarle de golpe; ésta es la experiencia que nos suministra la exposición. No nos cabe lo que intelectualmente sería más fácil de asimilar: ir buscando su obra paso a paso. No valen métodos más

o menos racionalistas. Hay que sumirse en el mar sin orillas de su obra con los solos recursos del sentimiento artístico. Esta es la grandeza del fenómeno Picasso. Decía Jean Louis Ferrier que la "obra de Picasso se integra según la doble perspectiva del *ser* y del *ser ahí*. Su orientación profunda no es sino la búsqueda incesante de una pintura total de la realidad total". Ese carácter de totalidad es el que no admite acercamientos parciales, acotaciones sucesivas para llegar al final por una vía intelectual segura.

Su obra grabada nos sacude en todos sentidos y debemos remontarnos a una superior atalaya si no queremos que los árboles no nos dejen ver el bosque. Es el panorama tan rico, tan vario, tan múltiple; son tan sabrosos sus accidentes, tan imprevista su orografía, que nuestra retina ahita de contemplar maravillas, rasgos sutiles o zarpazos hirsutos, cadencias flexibles o pulsaciones espasmódicas, prodigios de invención, de imaginación, de causticidad o de ternura no puede absorberlo todo como quisiera. Eso sin contar la excelencia técnica que estos grabados revelan, el dominio soberano de los recursos, la delicadeza de las tintas y matices. Téngase en cuenta que un grabado no es una reproducción de algo previo, sino que es en sí mismo el principio y fin, la realización artística de una integridad cuya expresión no puede ser otra.

Es tal el poder de Picasso sobre todo lo que representa expresión artística, que recordando aquel aforismo de un historiador árabe, abrumado por los restos del Antiguo Egipto, nosotros podríamos decir, en vez de "los hombres temen al tiempo, el tiempo teme las pirámides"; los artistas temen al Arte, el Arte teme a Picasso.

Esta exposición, preparada desde hace algún tiempo, se debe en primer lugar al propio maestro, pero ha sido posible gracias a la gentileza de la Biblioteca Nacional de París, de Daniel-Henry Kahnweiler, de Jaime Sabartés y de Henry Petiet, instituciones y personas a las que queremos hacer constar nuestro reconocimiento y profunda gratitud.